



LA BIEN AMADA
Thomas Hardy

EICob

Thomas Hardy

LA BIEN AMADA
Bosquejo de un temperamento

Colección Clásicos de la Diversidad
Diseño gráfico: G. Gauger
Ilustración de la cubierta: *Muchacha leyendo*, Theodore Roussel

Primera edición: febrero del 2005
El Cobre Ediciones, S. L., 2005
c/ Fulgueroles, 15, pral. 2 - 08022 Barcelona
Maquetación: Víctor Iñel
Impresión y encuadernación: Reinbook
Deposito legal: B.796 -2005
ISBN: S4 96095-79-7
Impreso en España

Una forma con muchos nombres
P.B. SHELLEY

Índice

Prefacio

Primera parte

Un joven de veinte años

Una presentación imaginaria de la Bien Amada

Se sospecha que la encarnación es verdad

La cita

Un caminante solitario

Una obligación

En el borde

Sus primeras encarnaciones

Demasiado parecido al relámpago

Fenómenos familiares a distancia

Segunda parte

Un joven de cuarenta años

El viejo fantasma aparece distintamente

Ella se acerca más y satisface

Se convierte en inaccesible espectro

Amenaza reasumir materia corpórea

Reasunción efectiva

El pasado resplandece en el presente

La Bien Amada

Se establece la nueva

Frente a su propia alma

Yuxtaposiciones

Todavía no se desvanece

Persiste la imagen

Se interpone una barrera entre ambos

No se la ve

Tercera parte

Un joven que roza los sesenta

Vuelve por la nueva temporada

Presentimientos de otra reencarnación

Deja su marca la renovada imagen

Un valeroso esfuerzo por la última encarnación

Al borde de la posesión

¿Dónde está la Bien Amada?

El viejo tabernáculo cambia de aspecto

«¡Ay de esta sombra gris que en un tiempo fue hombre»

Prefacio

La península tallada de una sola peña por la mano del tiempo, donde ocurren la mayor parte de las siguientes escenas, ha sido, desde inmemorables centurias, asiento de un pueblo extraño y casi singular, de raras creencias y peculiares costumbres, hoy en su mayoría anticuadas. Surgen allí, naturalmente, sobre todo entre los indígenas que no tienen activa ocupación en las tareas de la «Isla», ciertas fantasías semejantes a aquellas plantas de blando leño, que no pueden soportar las silentes heladas de tierra adentro, pero que prosperan junto al mar en el más borrascoso ambiente. De aquí que sea un paraje apto para engendrar un personaje del tipo bosquejado imperfectamente en estas páginas; un indígena de indígenas, a quien algunos disputarán por fantástico (si hasta este punto le honran con su consideración), pero a quien otros pueden ver como si prestara objetiva continuidad y diera nombre a un delicado sueño que, en forma más o menos vaga, es común a todos los hombres, y en modo alguno nuevo para los filósofos platónicos.

Quienes conozcan el rocoso rincón de Inglaterra aquí descrito, que domina el anchuroso canal de la Mancha, con todos sus atractivos, y se interna mar adentro, lo bastante lejos para alcanzar la benigna área por donde fluye la corriente del golfo hasta el mes de febrero, se sorprenderán de que los artistas y los poetas, ansiosos de inspiración, no hayan escogido más frecuentemente este paraje por retiro, siendo así que durante uno o dos meses al año prevalece el tiempo borrascoso sobre el benigno. A decir verdad, un rincón de aquéllos sirve de retiro a varios talentos forasteros pensionados por su país, aunque difícilmente se descubre su presencia. Sin embargo, acaso fuera preferible que no viniesen los visitantes artistas, y que no se volviera a hablar de la compraventa de casas libres de censo por un par de centenares de libras; casas construidas de resistente piedra, que datan del siglo XVI, y aun de antes, con sus alféizares, albardillas y salidizos completos. Digamos de paso que estas transacciones se estipulaban y conferían, hasta muy recientemente, en la iglesia parroquial, en presencia de la congregación de fieles, pues tal era la antigua costumbre de la isla.

En cuanto a la novela en sí, valga advertir que es de índole idealista o subjetiva y francamente fantástica, por lo que se ha sacrificado a dicha finalidad la verosimilitud en la ilación de los sucesos.

Primera parte

Un joven de veinte años

... Y si el Tiempo sabe
que Ella, sobre cuyas radiantes cejas
entretejen una guirnalda mis anhelos,

es, en efecto, Ella lo que osa
encarnar lo que estas líneas desean ver;
no buscaré más lejos: ¡Ella es!
R. CRASHAW

Una presentación imaginaria de la Bien Amada

Una persona muy distinta de los habituales transeúntes de la localidad escalaba el escarpado camino que conduce a través del pueblecillo costero llamado Street of Wells, y forma un pasillo en aquel Gibraltar de Wessex, la singular península, un tiempo isla y todavía así denominada, que se adelanta como una cabeza de pájaro en el canal inglés. Está enlazada con tierra firme por un largo y angosto istmo de guijarros «arrojados por la furia del mar» y sin igual en su clase en Europa.

El caminante era lo que su aspecto indicaba: un joven de Londres, de cualquier ciudad del continente europeo. Nadie podía pensar al verle que su urbanidad consistiera solamente en el vestir. Iba recordando con algo de execración que tres años enteros y ocho meses habían transcurrido desde la última vez que visitó a su padre en aquella solitaria roca donde nació, y todo aquel tiempo lo había invertido en diversas y opuestas camaraderías entre gentes y costumbres mundanas. Lo que le parecía usual y corriente en la isla cuando en ella vivía, le resultaba extraño e insólito después de sus últimas impresiones. Más que nunca semejaba el paraje lo que, según se decía, fue en otro tiempo la antigua isla de Vindilia y la Morada de los Honderos. Ya no eran para él familiares y habituales ideas la altísima roca, las casas sobre casas, los umbrales de la que en cada una se alzaban al nivel de la chimenea antevicina, los jardines que por una de sus tapias colgaban mirando al cielo, las hortalizas que crecían en parcelas al parecer casi verticales, y la compactidad de toda la isla como un recio y único bloque calizo de cuatro millas de longitud. Todo ahora deslumbraba con sin igual blancura, en contraste del coloreado mar, y el sol relumbraba sobre las infinitas estratificaciones de las paredes de oolita,

... Melancólicas ruinas
de cancelados ciclos...

con una claridad que atraía tan poderosamente la atención del caminante, como ningún otro espectáculo que de lejos hubiese contemplado.

Tras laboriosa ascensión llegó a la cima, y atravesando la meseta se dirigió a la aldea, hacia el oriente. Como promediaba el verano, y eran las dos de la tarde, el camino estaba polvoriento y deslumbrador. Al llegar cerca de la casa de su padre, se sentó al sol.

Extendió la mano sobre la peña contigua, y vio que abrasaba. Aquella era la temperatura peculiar de la isla, a la hora de la siesta, cuando dormía como entonces. Escuchó y oyó lejanos chirridos. Eran los ronquidos de la isla: los ruidos de los canteros y aserradores de piedra.

Frente por frente al sitio en donde estaba sentado había una espaciosa alquería o vivienda de familia, toda de piedra, como la isla; no sólo las paredes, sino los marcos de las ventanas, el techo, la chimenea, la cerca, el portillo, la pocilga, el establo y casi también la puerta.

Recordaba que allí había vivido, y probablemente seguía viviendo la familia Caro; los Caros de «yegua baya», como les llamaban para distinguirlos de otras ramas del mismo árbol genealógico, pues sólo se contaban en toda la isla media docena de nombres de pila con sus otros tantos apellidos. Cruzó el camino y sus ojos se internaron por el sendero que conducía a la puerta. En efecto, todavía estaban allí.

La señora Caro, que le había visto desde la ventana, salió a su encuentro en la entrada de la casa, y ambos se saludaron a la antigua usanza. Un momento después se abrió una puerta que daba a los aposentos interiores, y una muchacha de diecisiete o dieciocho años se acercó brincando.

-¡Cómo! ¿Eres tú, querido Joce? -prorrumpió alborozada.

Y adelantándose hacia el joven, le dio un beso.

La demostración era bastante grata viniendo de la dueña de tan cariñoso y brillante par de ojos castaños y de unas trenzas tan negras; pero tan repentina e inesperada para un hombre recién llegado de la ciudad, que retrocedió casi involuntariamente por un instante, devolviendo después el beso con algún reparo y diciendo:

-¡Avicia, mi linda chiquilla! ¿Cómo estás, al cabo de tanto tiempo?

Durante unos cuantos segundos la impulsiva inocencia de la muchacha apenas se dio cuenta del movimiento de sorpresa del joven; pero la señora Caro, la madre de ella, lo había advertido instantáneamente, y volviéndose hacia su hija con visible rubor, le dijo:

-¡Avicia! ¡Mi querida Avicia! Pero ¿qué haces? ¿No sabes que ya te has hecho una mujer desde que Jocelyn, el señor Pierston, estuvo aquí la última vez? Por supuesto, que no debes hacer ahora lo que acostumbrabas tres o cuatro años atrás.

A duras penas logró Pierston disipar la molestia suscitada por el incidente, diciendo que con seguridad esperaba que la muchacha continuaría tratándole como en su niñez, a lo que siguieron varios minutos de conversación sobre generalidades. Lamentaba Jocelyn con todo el alma que su involuntario movimiento le hubiese traicionado así. Al despedirse repitió que si Avicia le miraba de distinto modo del acostumbrado, nunca se lo perdonaría; pero aunque se separaron cordialmente, el rostro de la muchacha delataba el pesar que le había causado el incidente. Jocelyn volvió al camino, dirigiéndose hacia la cercana casa de su padre. La madre y la hija quedaron solas.

-¡Me he quedado atónita al verte, hija mía! -exclamó la madre-. ¡Un joven que viene de Londres y de ciudades extranjeras, acostumbrado a los rigurosos modales de sociedad y al trato de señoras que casi tienen por vulgar el sonreír abiertamente! ¿Cómo pudiste hacerlo, Avicia?

-¡No me acordé de que ya no soy una niña! -dijo la muchacha con pesar-. Yo acostumbraba a besarle, y él me besaba a mí antes de que se marchara.

-¡Pero esto era hace años, querida mía!

-¡Oh!, sí; pero en aquel momento lo olvidé. Me pareció el mismo de otros tiempos.

-Bien; la cosa ya no tiene remedio. Has de ir con más cuidado en adelante. Él tiene muchas jóvenes entre quienes escoger, te lo aseguro, y poco piensa en ti. Es lo que llaman un escultor, y, según dicen, aspira a ser algún día un genio en este arte.

-Bien; ya está hecho, ya no tiene remedio -gimió la joven.

Entretanto, Jocelyn Pierston, el escultor de embrionaria fama, había ido a casa de su padre, hombre prosaico dado tan sólo al negocio y al comercio, de quien, no obstante, aceptaba Jocelyn una subvención anual mientras llegaba el día de la gloria. Pero el viejo, que no había sido avisado de la proyectada visita de su hijo, no estaba en casa para recibirle. Jocelyn echó una ojeada a la propiedad familiar, y a través de los prados comunales vio los vastos patios donde las eternas sierras iban y venían sobre los eternos bloques de piedra. Le parecían las mismas

sierras y los mismos bloques que viera cuando estuvo la última vez en la isla. Después pasó, atravesando la vivienda, al jardín posterior.

Como todos los jardines de la isla, estaba rodeado de una tapia de cascotes en seco, y por su ulterior extremidad terminaba en un ángulo contiguo al jardín de los Caro. Apenas había llegado a este paraje, cuando escuchó, del otro lado de la tapia, murmullos y sollozos. En seguida reconoció la voz de Avicia, quien parecía confiar sus penas a una amiga.

-¡Oh! ¡Lo que he hecho! ¡Lo que he hecho! -decía amargamente-. ¡Tan atrevida! ¡Tan desvergonzada! ¡Cómo pude pensar en semejante cosa! Él nunca me perdonará; nunca, nunca me volverá a estimar. Me creará una buena alhaja presumida; y sin embargo, sin embargo, me olvidé enteramente de cuánto había crecido. ¡Pero que él nunca se lo figure!

El acento de la muchacha denotaba que por vez primera tenía conciencia de su completa femineidad, como de un bien, poco envidiable, que la avergonzaba y estremecía.

-¿Pareció él enojado por ello? -preguntó la amiga.

-¿Enojado? ¡Ah!, no. Peor aún. Frío, altanero. ¡Oh! Ahora es persona fina, y en modo alguno un hombre de la isla. Pero es inútil hablar de ello. Quisiera morirme.

Pierston se retiró todo lo de prisa que pudo. Lamentaba el incidente que tal pena había infligido a aquel ingenuo corazón; y, sin embargo, empezaba a ser para él una fuente de placer indefinible. Se volvió a casa, y después de recibir la cariñosa acogida de su padre y de comer con él, salió otra vez, con ardiente deseo de dulcificar la tristeza de su joven vecina, de un modo que no se esperaba, aunque, a decir verdad, su afecto por ella era más bien un sentimiento de amistad, y en modo alguno creía que la caprichosa idealización a que llamaba su amor, y que desde su niñez se había trasladado infinidad de veces de una a otra envoltura humana, fuese a escoger ahora su morada en el cuerpo de Avicia Caro.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

